

MANCHAS DE COLOR

LOS DIAMANTES DE LA VIOLETA

Dos ranas, que abandonaban por primera vez el charco, vieron en el fondo del bosque una violeta cubierta de diamantes de rocío.

—Debe ser muy rica, pensó uno de los anfibios.

—Cuando hace tales joyas, se dijo el otro, es que ha nacido en dorada cuna.

Y no se engañaba la segunda de las ranas, porque aquella violeta, según contó después una mariposa, había florecido en un rayo de sol.

—Hasta por su color, agregó la rana, se conoce que corre sangre azul por sus venas.

—¡Si yo pudiera apoderarme de sus diamantes! dijo para sus adentros la primera de las ranas, acercándose á saltos á la tímida flor, que creyó morir de espanto al divisar al verdoso anfibio.

—¿Qué intenta usted? exclamó la otra, saliendo en defensa, aunque con miras interesadas, de la desdichada violeta.

—Pues simplemente hacerme un collar de diamantes, para la próxima noche de mis bodas; me estremezco de placer al pensar como brillarán en mi garganta, cuando la luna quiebre su luz en sus aristas... ¿no ha soñado usted nunca, en las estrelladas noches de verano, en un

collar de luceros? pues yo sí, y le aseguro á usted que no vuelvo al charco sin esos diamantes.

—Para llegar á la violeta, tendrá usted que pasar antes por encima de un cadáver, rugió el segundo de los anfibios, poniéndose de un salto delante de la flor, y mirando á su rival con ojos fosforescentes y provocativos.

—¿Quiere usted un duelo? ¡sea! ahí, en aquella estrecha senda, diviso dos viejos sapos que podrán servirnos de testigos.

—¿Armas?

—No hay que ir muy lejos... tenemos cerca un arbusto espinoso que nos proporcionará magníficos floretes.

—Pues concluyamos.

—Sí, y que sea el premio del vencedor....

—El corazón de la violeta.

—No, sus diamantes; un escuerzo me ha contado que las flores no tienen corazón; pero en cambio me ha ponderado la rica pedrería que hacen todas las mañanas.... ¡oh admirables joyas! yo no las había visto nunca y confieso que el escuerzo no ha exagerado.

--Bueno, no divaguemos más y concluyamos de una vez.

Los anfibios hicieron señas á los sapos, que acudieron presurosos y aceptaron el papel de testigos, y poco después se trababa un combate reñido entre las ranas, del que resultó una de ellas muerta y la otra mal herida.

Era esta última la que soñaba con collares de diamantes.

Los sapos, asustados al ver el trágico desenlace de aquel lance de honor, y sin detenerse á levantar actas de lo ocurrido huyeron hacia la maleza.

La rana herida se acercó entonces, arrastrándose penosamente, á la violeta, para arrebatarle sus joyas; pero ¡oh terrible desencanto del que corre ciego y desatentado en pos de una brillante ilusión! la flor no ostentaba ya sus hermosos diamantes...

El céfiro se los había bebido disueltos en rayos de sol.

Casimiro Prieto.

Buenos Aires, Septiembre de 1899.

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



CASIMIRO PRIETO

PRIMAVERA

DEL ALBUM DE LA SEÑORITA MARÍA MARTA PEREZ BUTLER

Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños,
Tú que repones y reverdeces las hojas secas,
Tú que redimes de las escarchas de los otoños
Cuando del árbol penden marchitas, las ramas huecas;

Tú, que devuelves y vigorizas las perfumadas
Lumbres del iris, sobre los viejos cálices muertos,
Y cuando asoman en el Oriente las alboradas,
Yergues las hojas de los pimpollos recién abiertos;

Tú, que serenadas las aguas claras, como cristales,
De los arroyos, y las corrientes de las barrancas,
Y luego tuerces las ramas duras en los sauzales
Para que besen con más donaire las ondas blancas;

Y desparramas el rubio trigo junto al tejado
Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
Y se lo ofreces á las torcazas seco y dorado
Para que tejan el dulce nido de sus amores;

Tú, que en las tardes haces que crucen las rumorosas
Brisas serenas junto á las dalias mustias y ajadas,
Y, desparramas tibio perfume sobre las rosas
Para que duerman las mariposas tornasoladas;

Y das effluvios para las auras crepusculares,
Y, mientras viertes el rico pomo de tus colores,
Llenas de savia las flores rojas de los corales
Donde aleteando beben su néctar los picaflores;

Tú, que coloras en las lucientes horas tempranas
Los arco-iris, las nubes blancas y purpurinas
Cuando en el cielo resplandeciente de las mañanas
Revolotean pardas bandadas de golondrinas;

Y con susurros de brisas, dulces como aleteos,
Despiertas aves en las nocturnas horas calladas
Para que suelten las melodías de sus gorgoros
Entre el silencio de las florestas embalsamadas,

Tú, con la lumbre de tus alegres albores rojos,
Con tus reflejos y la riqueza de tus colores,
No eres tan bella ni brillas tanto como los ojos
Donde florece la primavera de mis amores!

María Eugenia Vaz Ferreira.

LA LITERATURA INDIA

(FRAGMENTO)

.....

En la Literatura India se manifiesta de un modo evidente la influencia de la naturaleza.—Las crestas del Himalaya, perdidas en los limbos del cielo, forman al Norte de aquel país admirable, un círculo inmenso; al Sur termina sus límites un río de anchura tal, que, desde una de sus orillas, no se divisa la otra,—el espejo encendido donde, cada tarde, se sumerge el sol indio, como ha dicho Michelet. — En su suelo florecen todas las clases conocidas de vegetales; erran, por entre sus montañas, y en sus bosques, todas las especies de animales feroces, y los climas varían según las localidades, como si la patria de Vyasa se hubiera creado, apropósito, para las modernas sociedades cosmopolitas.—La naturaleza prodigiosa de la India, con sus ríos como mares, con sus montañas, como espectros inconmensurables que besan, —en un beso brutal, infinito,—las nubes lejanas, ha producido la literatura «imaginativa», por excelencia, la literatura de las grandezas físicas.

Tres idiomas distintos se conocieron en la India, correspondiendo á las clases políticas, religiosas y sociales en que se dividió: el *sanscrito*, el *prakrito* y el *indostánico*.—El primero, no se habla, empleándose, solamente, en la literatura y las obras mejores de la India, que están escritas en *sanscrito*, que significa «perfecto».—Federico Klenker, demostró, en trabajos muy interesantes, que existían analogías evidentes entre las lenguas europeas y la lengua sacerdo-

tal de la India.—Además, un análisis prolijo del sanscrito ha comprobado que «es infinitamente más regular y más sencillo que el griego, que tiene la misma construcción gramatical y es mejor proporcionado que el italiano y que el español»,—asemejándose, también, en sus raíces, á las antiguas lenguas de Persia y de Germania.—La remota antigüedad de su alfabeto, igualmente, se demuestra, teniéndose en cuenta que en la India no se han hallado jamás, ni huellas siquiera, de geroglíficos, que ha sido la manifestación primitiva del lenguaje escrito, encontrándose, en cambio, las señales de todas las variaciones en la modulación del sonido «por cincuenta letras distribuidas con un orden y una simetría admirables y divididas en vocales fundamentales, vocales líquidas ó consonantes moduladas y vocales dobles ó diptongos, distinguiéndose, además, dos asonancias finales, una que indica el sonido y otra la nasalidad, etc».—El segundo lenguaje, ó sea el *prakrito* (natural) era el que usaban las mujeres y el pueblo, en los tiempos en que el sanscrito fué la lengua privilegiada, estando más generalizado el *indostánico* que los dos anteriores y dividido en multitud de dialectos. La antigüedad de la literatura india es tan remota, que la luz de la historia casi no ha podido penetrar en las tinieblas de sus orígenes.—Los indios inscribieron en las rocas, según parece, los primeros ensayos de su inspiración, y los vestigios existentes de esas inscripciones—dice Andrés Bello—son de una antigüedad tan sorprendente que las Pirámides de Egipto, comparándolas con ellas, son creaciones de ayer.—El origen y la formación progresiva de las literaturas orientales no se han estudiado todavía con verdadera precisión, y los sabios que dedican sus esfuerzos á esta tarea, discuten si fué la china, la india ó alguna de las semíticas la que nació primero.—Los trabajos de orientalistas tan famosos como Roth, Heeren, Colebrooke, Ward, Gœrres, Creutzer, Holwel, Langlois, Pictet, Wilkins, etc., han facilitado, no obstante, el estudio de las lenguas y de las literaturas antiguas, principalmente la de la India, la más rica, sin duda alguna, de todas ellas, y la más importante por su mérito intrínseco y por la fabulosa antigüedad que se le asigna.—Una particularidad de la literatura india que, también, ha contribuido á facilitar su estudio, es que las producciones que la forman, á diferencia de otras contemporáneas ó posteriores, fueron escritas al ser concebidas, y, por tanto, se han conservado mejor, sin que

esto nos impida creer, con Federico Shlegel, que así como á los griegos, la tradición adulteró sus obras, las de los indios hayan sufrido adiciones, falsificaciones y modificaciones frecuentes.

Un obstáculo serio con que han tropezado los orientalistas, en la investigación precisa de las épocas en que se produjeron algunas de las mejores obras indianas, es su cronología, confusa hasta lo increíble, por la razón de que cada secta religiosa poseía una distinta de las otras y por el aglomeramiento inextricable de guarismos que encierran y que desesperan á los sabios mas entusiastas imitadores de Job.—Algunos autores dicen que la India no tiene historia, por la misma dificultad que existe en estudiar lo que ha pasado en ella; pero esto no es cierto, pues una prueba de que posee historia son los grandes poemas y otras obras, así como las inscripciones de las rocas, que hoy se conocen.—Más exacto sería decir sencillamente, que se ignora su historia.—Otros autores, sin embargo, se creen habilitados para dividir su historia literaria, al menos, en tres épocas principales.—Al primer período pertenecerían, según esa opinión, los *Vedas*, y demás obras más ó menos relacionadas con ellos; al segundo, todos los sistemas filosóficos anteriores al Vedanta, el *Ramayana* y simples bosquejos de algunas Puranas; al tercero, las obras atribuidas á Vyasa, el *Mahabarata*, la filosofía vedanta y diez y ocho Puranas.—También en esta época sería cuando Kalidasa y otros escritores recogieron las tradiciones antiguas dándolas á conocer en forma dramática.—Según opinan distinguidos orientalistas, los *Vedas* se suponen escritos cinco mil años antes de nuestra era; otros les atribuyen mayor antigüedad, y Heeren, sin precisar época, está de acuerdo en decir que los *Vedas* son anteriores á todas las producciones de los indios.—Las obras de la segunda época, y, sobre todo, lo relativo á las Puranas, han sido muy adulteradas y es casi imposible asignarles un origen verdadero.—La tercera época es la edad de oro de lo literatura india.

En cuanto á la invención de la poesía y del ritmo, la mitología indiana refiere su origen, concordante en un todo, como lo hace notar Shlegel, con el espíritu de semejante poesía.—El *Ramayana*, uno de los dos grandes poemas de la India, que más adelante estudiaremos, nos dice que un día dos pajarillos que vivían unidos y felices, entregados á las expansiones del amor, en la soledad de un bosque, fueron vistos por Valmiki en el mo-

mento mismo en que el macho sucumbía, degollado por una mano bárbara.—En presencia de esto, Valmiki, embargado de dolor y compasión, por las quejas inconsolables de la hembra abandonada, pronunció cadenciosas palabras, llenas de dulzura y de tristeza, naciendo de esta manera la elegía y el dístico indiano ó *shokla*.—Origen tan bello y espontáneo no tiene otra poesía antigua, como tampoco el mérito de haberse formado á causa de los nobles sentimientos que inspira la desgracia irremediable de animales indefensos. Casi todas las producciones indias están concebidas en forma poética, desde la sencilla elegía hasta la severa sentencia dogmática, diferenciándose el dístico de los indios del de los griegos por una simetría rigurosamente armónica.—La versificación es métrica como en los latinos y rítmica como en los nuestros, sin caer su poesía en los errores escolásticos ni en las extravagancias de las composiciones chinas, consistiendo el ritmo de ella, como entre los griegos, en la alternación de sílabas largas y cortas.—Los indios conocen, también, otras clases de rima, una que cae sobre las sílabas ó sobre las letras iniciales y otra sobre las sílabas y letras intermedias, siendo la primera de estas formas la misma que se usaba en la versificación propia de los países al Norte de Europa y que se denomina «aliteración».—La *shokla*, el dístico indiano, se distingue, además, como lo observa Shlegel, porque su estructura especial le da un carácter de sencillez y de dignidad, unido á una expresión insólita de tranquilidad sublime que conviene singularmente con esas tradiciones, pensamientos y símbolos de un mundo primitivo que ha perecido.

Teniendo en cuenta el origen elegíaco de la poesía indiana no es de extrañarse que se haya caracterizado por la tonalidad de melancolía y de tristeza que en ella se nota.—Además, la poesía de los indios nos revela las incertidumbres, la falta de estabilidad de su existencia, la miserable situación que les imponía su dogma.—«Nuestros días huyen—leemos en el Ramayana—y el aliento de vida de todos los seres es como un leve vapor de estío, que se levanta en la atmósfera atraído por los rayos del Sol: como la gota de rocío tiembla sobre la hoja del loto, así la dicha terrenal vacila y á cada instante amenaza caer».—En efecto; la religión ejercía sobre toda la raza india una influencia letal.—El alma, encarnada en un cuerpo humano, expiaba sus delitos, verdaderos ó posibles, hasta que, puri-

ficándose en la tierra, convertida de este modo en una especie de «infierno cristiano», subía al cielo, donde se le reservaban las delicias paradisiacas de la vida eterna.—La tierra, pues, se consideraba como un punto de tránsito en el largo trayecto de la existencia brahmánica, y la poesía india nos demuestra todo lo que sufría el pueblo, anhelando siempre la muerte para vivir mejor y no padecer más.—La diferencia del carácter religioso de los griegos y los indios es notable.—Mientras que para los griegos, el mundo futuro, como lo dice Shlegel, no es sino el fondo obscuro de un presente puramente sensitivo, que pasa en medio de los más suaves goces,—entre los indios la certidumbre de una vida futura llega á ser casi la realidad y lo positivo.—Charles ha dicho, perfectamente, que la mitología indiana es el espíritu que ha vivificado las geniales producciones indianas y, al leerlas, parece que penetramos en las cavernas de Elora, templo subterráneo, abierto á fuerza de enorme trabajo, santuario formado por dieciseis santuarios, tapizados de pequeños ornamentos y cubiertos de imagenes colosales, donde se ven, como en germen, las diversas modificaciones que el Egipto, la Persia, la Grecia, hicieron despues al Arte,—admirable enigma que la vista no puede descifrar, tan asombroso es el lujo inaudito de columnas y pilastras en que los rayos del sol vienen á jugar con la sombra!

La poesía india—es, en general, sencilla.—En ella no encontramos las imagenes fantásticas que han caracterizado á otras literaturas, apesar de que las ideas que la han inspirado son, muchas veces, ridículas ó exageradas, por causa de la influencia religiosa que supeditaba la vida de los indios á caprichosas voluntades sobrenaturales.—Su razón (*baddhy*) era el dogma divino y su criterio era el criterio eventual de innumerables dioses.—Como dijimos al principio de estos estudios, la naturaleza pintoresca de la India, influyó, también, en su literatura, llena de grandeza, de fuego y de imaginación.—Las formas gigantescas de su naturaleza exuberante originan las figuras, igualmente gigantescas, que admiramos en su literatura, ó, mejor dicho, en su poesía.—Pero, esto no obsta para que el estilo de esas producciones, sea, lo repetimos, de una sencillez casi absoluta.—Efectivamente, el lenguaje usado por los poetas indios es casi siempre natural, espontáneo, fluido, sin ornamentos inútiles, sóbrio y preciso en el epíteto.—Hay exuberancia en la imaginación, no en los pensamientos, ni

en las palabras — dice un ilustre escritor italiano, — y hasta forma singular contraste la inmensidad de la fábula con una expresión lánguida y bien ordenada. — Como lo hace notar el alemán Shlegel, lo que más deleita en la poesía indiana es el sentimiento delicado por la soledad y el mundo vegetal, animado en todas sus partes, que se presenta tan atrayente en el poema dramático la *Sakountala*, y los rasgos de dulzura y fidelidad de las mujeres. — Una moral alta y severa, impuesta por su propia religión, revela la poesía de los indios. — El carácter de este pueblo tan bondadoso como austero, siempre que su conciencia, «el ojo del corazón», como la llaman, les señala el cumplimiento de un deber, se manifiesta, sobre todo, en las mujeres que profesan un culto casi místico á sus honestas obligaciones de tales. — Promesas de amor de una mujer india, son promesas invariables, y hasta después de muerto el esposo, conservan sin mengua el respeto á la fidelidad conyugal, y su abnegación llega hasta el punto de hacer el sacrificio de su vida para «reunirse en el cielo» con el único hombre preferido de su corazón.

.

Julio María Sosa.

PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo
Julio Herrera y Reissig

¡Repiquetean los seis campanarios
el Carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquideas,
iris de amor de los pétalos lilas
de los nenúfares, tejen los regios
sobrepellises del Arca de Asiria—

Amarillea el marfil del relieve
en los estucos de esmalte y de mica
del tabernáculo santo.—¡Las rosas
sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
pule el cristal de las raras antifonas
y en los armonios y en los violoncelos
las aleluyas alegran sus risas—

Van entre estolas y capas pluviales
las elegidas de reino, las ricas
cajas de sándalo y palo de rosa
donde Morcaz y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Reguier bajo el palio,
de raso persa y de sedas egipcias,
son la magnífica flor de holocausto
sacrificada á la Diosa Harmonia —

Viste la veste talar del acólito
y orla de mirtos su clásica lira,
Le Cordonnell, el histérico loco,
¡ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves,
pintan sus símbolos los simbolistas
y el bello Heredia cincela su heráldica
decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
saltan los sátiros; riman las liras;
suenan los seis campanarios sus kyries,
y arde el altar bajo el sol de las mitras —

Cincelador de los ídolos nuevos
el Gran Verlaine versifica su epístola,
y en el misal de sus *Fiestas Galantes*
reza el Profeta sus cien profecias.

La hora de orar dá el reloj del apostol,
la hora de orar la oración pontificia;
y la inicial procesión de novicios
canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
zumban los jiros que el verso acaricia,
y en el vidrial ojival de las cúpulas
beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas
que las modernas parábolas riman
bajo las naves del griego cenáculo
donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol
queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡anunciación de los nuevos Mesías!

Vicel Eelo.

DE MI CARTERA

Los hombres que algo valen por el cumplimiento estricto y desinteresado del deber, atribuyen más valor al cumplimiento del deber, que á los éxitos, á menudo ciegos, de la fortuna.

A muchos escritores les pasa lo que á la luna, que se ven grandes á lo lejos, cuando aparecen en el horizonte, y pequeños cuando por su mal ascienden y se acercan á nosotros.

A veces me devano los sesos para alcanzar el porqué escritores que no pagan derechos de importación en las aduanas del pensamiento—sandías verdes que no suenan por más que se las apriete y estruje—tienen quien los apadrine y recomiende. Y con frecuencia también me calmo pensando que, según el testimonio de Estobeo, la fiebre mereció los elogios de Agripina.

Todo progresa y camina hacia adelante, confundido en un vértigo arrollador: hasta las instituciones llamadas retrógradas; hasta el calumniado cangrejo, cuando lo quiere; hasta los pájaros, que tienen las rodillas para atrás.

¿Qué fuerza superior á nosotros mismos nos mueve á despedazarnos al día siguiente de reconocernos cuali-

dades? Cuando medito con tristeza en estas cosas, es para convencerme más cada vez de que la anarquía es nuestro mal, y un gran mal que en día no lejano será quizás el origen de nuestra disolución y de nuestra ruina, como es hoy la causa de nuestro propio descrédito. Pensar en estas cosas es resolverlas: no se fundan nacionalidades sin alguna dosis de patriotismo, y no hay patriotismo sin templanza y transigencia generosas y sin la unión, que hace el esfuerzo fecundo.

Los escritorzuelos que quieren á un tiempo ocultar el rabo y conmover el mundo, parecen no tener presente el hecho de que los piojos mueren al trasponer la línea.

No sé si es Martínez Villergas quien ha dicho que hay hombres que en materia de ideas no tienen sexo. No lo dudo. Lo que no creo es que haya hombres que en punto de sexo no tengan ideas...

Pasada la estación de los amores—observan los naturalistas—la tortuga macho abandona á la compañera, á la cual parecía tener un entrañable cariño. ¡Gracias á Dios, semejantes niñerías son propias y exclusivas de la tortuga!

Obsérvase frecuentemente en la historia literaria y política de las naciones, que á la muerte de los varones dignos de la admiración pública, otros corazones heredan su nobleza y otros cerebros vigorosos su virilidad. Con ellos acontece lo que en la naturaleza con el Sol, que después de ocultarse en Occidente, alumbra á la tierra por intermedio de otros astros.

Terminada la lucha, los soberbios triunfadores de la antigua Roma, escuchaban el grito valiente de *cave ne cadas* (cuidado, no caigas!) Si al oído de los jóvenes que revelan talento se hiciera vibrar como chasquido ese grito viril, no tendríamos que lamentar tanta inteligencia perdida, tanto ingenio esterilizado por prematuras alabanzas.

El estilo remontado y florido es fácil, facilísimo, para los que no tienen nada que decir, sino lucir una vagueación etérea: no lo es tanto para los que tienen que ascender con la carga pesada de innúmeros pensa-

mientos. Diríase que estos últimos necesitan á la vez la ligereza sutil de las ondinas y las fuerzas poderosas del Hércules legendario.

Para ser útil á un país, no basta ser bueno, no basta ser ilustrado, no basta ser sincero, por muy extraño que esto último parezca. Para ser útil un ciudadano á su país, se necesita entre ambos la estrecha, la íntima correspondencia que se establece siempre entre la semilla que se siembra y la tierra que cariñosamente la envuelve y la fecunda.

Hay escritores que, como no sea en las alas, se parecen en todo á las moscas: en lo insignificantes, en lo incómodos y hasta en las muestras que dejan frecuentemente en escaparates y vidrieras.

Un argumento más á favor del origen divino del hombre: Los indios m'bayas se creían la nación más noble del mundo, la más generosa, la más fiel á su palabra y la más valiente.

Era costumbre, y costumbre que contribuía á arraigar más cada día el interés privado de nuestros antepasados, la de recomendar vivamente los vendedores de negros esclavos á los compradores de ellos, por sus excelentes condiciones de carácter, sus hábitos morales y de trabajo y por virtudes sin cuento que los adornaban. Y cuentan nuestras crónicas que en cierta ocasión aturdió á un comprador el propietario al venderle un negro ladino, de quien decía: ni come pan, ni dulces, ni fuma, ni toma vino. A lo que el esclavo, temeroso de ser oído y castigado, pero fiel revelador de la verdad, respondía por lo bajo, mascullando las palabras: *porque nun dan, mi amito, porque nun dan....* Así, exactamente, son muchos independientes de mi tierra, que no darían otra explicación de sus pujos de independencia y de altanera virtud, si tuvieran ellos, los impostores, la ruda y ejemplar franqueza del negro esclavo de mi cuento.

Carlos Martínez Vigil.

“NIGRO NOTANDA LAPIDO”

Nada hay fijo en esta vida fugaz;
ni dolor infinito, ni alegría eterna, ni
impresión permanente, ni entusiasmo
duradero, ni resolución elevada que
pueda persistir la vida entera!

Schopenhauer.

I

Era una tarde helada. Una de esas tardes de principio de invierno, ventosa, turbia, triste y en las que parece una verdadera necesidad su muerte.

El cementerio había tramutado su aspecto. Aquella faz que presentaba en las tibias mañanas primaverales en las ardorosas horas de las tardes de estío, presentándolo á la vista unicamente como un jardín, un parque público, había indudablemente cambiado con la tarde descolorida y de contraria estación. Ahora ofrecía un cariz más natural, ménos hipócrita; había desaparecido el disfraz junto con la poesía, para quedar desnudo lo tétrico, lo espantable y repulsivo; esa comparsa negra y amarillenta, esos pensamientos cetrinos que rondan á la muerte, como un enjambre zumbador y volante.

Al fondo de la necrópolis, el mar encrespado vapuleaba estruendosamente los riscos de la costa, y de ahí hasta los desolados viales y sinuosos camineros enarenados, llegaban de rato en rato, traídos por el viento desatado, roncos bramidos, que luego se apa-

gaban de pronto, casi bruscamente; un ruido potente, poco durable, seco, así como intermitentes y violentos saldrapazos.

La tarde moría. Un sol decrepito, sin fuerzas, se escondía tras el horizonte, dejando un estrato de amapola como una disforme faja que se empapara en las iodadas y turbulentas ondas del estuario, y arriba, sobre el firmamento, un fárrago, una indescriptible confusión producida por livianos celajes de nácar, cintajos de amarillo de oro, guedejas violáceas y purpúreas y encendidos arreboles de un rojo de brasa, ó de llama de fragua... Los rayos mortecinos producían encima de las triangulares copas de los cipreses emarrecidos una aureola bronceada. Varias chapas metálicas y enlucidas exhalaban, al herirlas el sol marchito, débiles chispazos. Los chorros colgantes de hojas esmaltadas, de una hiedra que arropaba cariñosamente á un muro medio destartado, brillaban dulcemente. Y haciéndole despedir una irisación ténue, una lívida coruzquez, verberaban también la tapadera vidriada de un mísero recuerdo colocado sobre la laude de olvidado nicho...

Ese día que moría, era el mismo que marcaba el sentido epitafio moldeado sobre untuoso jaspe, contrastando su límpido lustre craso con la granugienta superficie del obelisco, en el cual se encontraba fuertemente amarrado.

La poética tumba estaba por allí, á regular distancia de la entrada. Se levantaba en la vuelta ó ligero recodo formado por un caminero poblado á ambos costados de frondosas plantas. No era aquella sepultura, ni un suntuoso sarcófago, ni un artístico ó monumental mausoleo. Sólo el trozo de bien pulimentado cuarzo, en el cual se encontraba impresa la inscripción mortuoria, quitábale cierto viso de estremada sencillez que la dominaba.

Nada humano, viviente, había alrededor. Una soledad ínrasgable, un abandono intenso, se había apoderado del triste sitio.

El cierzo crecía en intensidad á cada momento transcurrido, trayendo en sus alas la aroma marina que saturaba el ambiente con vapores de iodo. Un ave piando asustada corrió á arrebuarse en la urdimbre de un añoso ciprés de tronco polvoriento. Sentíase lejano y desfalleciente tañido.

La tumba estaba casi igual que el pasado año y sólo algo parecía subsanar la ausencia de recuerdos.

Mientras allá sobre el emparrillado y dentro del ataúd de herrajes de plata, los cárcomos y vibriones daban remate infaliblemente al contenido, afuera, encima, á la luz del mundo, existía un progreso: las plantas que embellecían el fúnebre hogar, habían crecido y hermoñado, tal como si fueran niñas que pasan mejorando de la pubertad á la adolescencia.—Al parecer, vejetaban en aquel lugar casi silvestremente, alegres é indiferentes. Las matas enanas y tupidas de boj, enfiladas encuadraban simétricamente el cantero, siguiendo su delineación, pasando sobre la línea marcada, como una malla sigue las modalidades de la carne de un muslo de mujer. Un amaranto de hojas moradas rastreaba rozándose con fraganciosos pies de violetas brasileñas y aplomadas hierbas de incienso. A la izquierda, airoso gallo-cresta erguía engreído para ostentar en lo alto dos hermosos penachos vinosos y aterciopelados, contruidos con un coágulo de menuda felpa teñida de granate, de un color guinda-quemado espléndido é inconseguible. Y esta planta surgía riente, como mofándose de quien pretendiese investigar, como aquel tallo, tierno, jugoso, enclenque y asperoso, levantándose sobre negruscos terrones, entre hojas mustias é inespresivas, producía ese delicioso y nunca bien admirado rosetón, color espinela, que tenía, semejante á esta piedra preciosa, reflejos y tonaciones indecibles. Al lado de esta gallarda planta una caléndula, inevitable compañera de los muertos, presentaba sus funerarias florecencias amarillas, y al fondo, varios malvones rosa, lanzaban de entre sus hojas recubiertas de rala pelusilla, sus hilos verdosos que concluían en redondeados borlones, color grana, de un subido encarnado, y que soltaban un perfume acre ó vinagroso.—Y guías de melancólicas y serpenteadoras campánulas, entrelazadas, formando á cada centímetro nuevos retículos enrascábanse sexualmente en el obelisco de sienita hasta medio esconder entre el conglomerado de sus hojas, el argollón de bronce ya enmohecido, cuajado de corroedoras manchas de pátina.

Nadie en su día se había acordado de visitar, ni siquiera de distraer una mirada sobre la tersa tapa del sepulcro de la pobre muerta. Había comenzado para ella el olvido, la glacial indiferencia; habían cesado ya los lloros, los agudos dolores, las desconsolaciones del primer momento de la pérdida. Y su tumba, contrariamente al aniversario pasado, en que se hallaba preñada de

tributos rendidos al cariño no apagado, estaba completamente vacía de recuerdos. Nada, nada había sobre la loza, antes presionada por el peso de tanta corona, de matices de flores naturales que vaciaban en el aire, sus efluvios embriagadores. Ahora, nada, nada existía á esceptuar algunas ramitas, hojas y cápsulas secas, caídas ya sin vida de los árboles próximos, y que descansaban sobre la superficie descarnada, rasa completamente.

Carlos H. Mata.

(Continuar á).

AVES SIN NIDO

Aves sin nido son las que en la vida
El techo de su hogar no las cobija,
Y vagan por el mundo como sombras,
Aquí y allá, sin residencia fija.

Son las almas sufrientes cuyo vuelo
Las eleva muy lejos de la tierra,
Creyendo hallar en el azul del cielo
La ansiada paz, tras de la estéril guerra,

Volviendo á su pesar decepcionadas,
De los espacios en que ruje el trueno
A llamar con el ala, fatigadas,
En los cristales del hogar ajeno!

Aida Parodi Uriarte.

GURÍ

I

En un día de gran sol,—de ese gran sol de Enero que dora los pajonales y reverbera sobre la gramilla seca y amarillenta de la dilatada loma caldeada y agrietada por el estío,—un paisanito viajaba á caballo y solo por el tortuoso y mal diseñado camino que conduce de Lazcano á Treinta y Tres. El chambergo de anchas alas y barboquejo de seda negra que caía sobre el labio superior, semi ocultaba el rostro moreno. Llevaba,—á manera de golilla,—amplio pañuelo blanco, formando un triángulo que flotaba en la espalda por encima del poncho de verano de rayas grises sobre fondo marrón. Veíanse luego, la bombacha de merino negro, y las botas charoladas, de punta angosta y tacón alto. Montaba el mozo un alazán criollo, pequeño, nervioso: uno de esos últimos representantes de la noble raza arábiga implantada por los españoles y hoy casi perdida, merced á la incuria nativa; uno de esos valientes animales de remos delgados y encuentro recio, sobre cuyos lomos se galopan treinta leguas y se ensillan frescos, al día siguiente, después de haber pasado la noche en la intemperie, pellizcando malas yerbas en prados ruines. Lo que del arnés se notaba, hacía presumir aliño y prolijidad; riendas, cabezadas, bozal y cabestro de cuero crudo con argollas y «pasadores» de plata; de plata también los estribos de campana y las cabeceras del «recado».

Serían las dos de la tarde. El sol,—pasando sus rayos á través de una atmósfera enrarecida,—pesaba sobre el campo como un toldo de fuego. La tranquilidad del viajero denotaba el hombre acostumbrado á las contrariedades que impone nuestra atrasadísima campaña.

De rato en rato, levantando la vista, escudriñaba las dilatadas cuchillas, sobre cuyos lomos solía verse el blanco edificio de una Estancia, rodeada de álamos, mimbres ó eucaliptus, ó el pequeño rancho, aplastado y negro, de algún gaucho pobre. Unos cerca, otros lejos, muchos apenas visibles, él los distinguía sin largo examen, y se decía mentalmente el nombre del propietario, agregando una palabra, ó una frase concisa que en cierto modo definía al aludido: «Peña, el gallego pulpero; Medeiros, un brasileño ladrón de ovejas; el pardo Anselmo; don Brígido, que tenía orejas como baba de loco; más allá, el canario Rivero, el de las mozas lindas y los perros bravos»... Y de tal modo, evocando recuerdos, seguía al trote por las lomas solitarias. Las haciendas, aglomeradas en los bajíos, pacían buscando sombra, y sólo divisábase en las alturas algún grupo de ovejas, acurrucadas, formando círculo, con las cabezas bajas, blancas é inmóviles como un peñasco. Allí donde la chirca,—antigua y feraz dominadora de las colinas,—había desaparecido al golpe de los molares ovinos, la flechilla, con sus hilos delgados, saltando hojas y zanjas, cuevas y sendas, cubría grandes zonas de superficie convexa y uniforme, semejante á dorado campo de trigo que la luz meridiana hacía brillar arrancándole hermosas irradiaciones. No se columbraba ningún viajero en todo lo largo de aquel camino, de suyo poco frecuentado, y con mayor motivo en las horas de la siesta; en esa hora de profundo sopor y de obligado descanso para hombres y para bestias. Apenas si, de lejos en lejos, divisábase por los campos, uno que otro muchacho que al trote lento de su petizo «maceta», andaba á caza de huevos de ñandú, mientras vigilaba el rebaño, ó recorría los llanos en procura de posibles animales muertos. En los miserables ranchos, negros y derruidos,—que atestiguaban la pobreza y la desidia de sus moradores, incapaces de enderezar el horcón torcido y reponer la paja arrebatada por los vientos,—notábase el mismo silencio triste, abrumador, de comarca desierta, de propiedad abandonada. Cerca del camino se seguían no pocas de esas miserables viviendas, en cuyos galpones mal techados con ramas de matajojo, los hombres,—tirados boca abajo, sobre caronas y cojinillos, y con el saco echado sobre la cabeza,—roncaban rodeados de perros que dormían gruñendo. Al lado, algún flaco jamelgo, con el cuello estirado y las bridas caídas, plumereaba sin causa con la cola abrojenta y golpeaba el suelo, ora con una

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



JAVIER DE VIANA

mano, ora con una pata, acosado por las moscas, los tábanos, los mosquitos y los jejenes.

El viajero continuaba su marcha, al trote pausado de su cabalgadura, ya bastante sudorosa, mirando á intervalos la altura del sol para calcular la hora, y demostrando profunda indiferencia por los maravillosos paisajes que se desarrollaban á su vista. No merecían una mirada suya el extenso llano verde salpicado de blancas rosadas y amarillas florecitas de miquichí, ni las lucientes lomas que corren paralelas á uno y otro lado del camino, ni la cinta obscura y vaga, interrumpida á trechos, que diseñaba los *Corrales*, ya cercanos, ni la otra cinta más ancha y más negra del *Olimar*, columbrado en partes, ni allá, más lejos, cortando el inmenso horizonte, las puntas grises, vaporosas, apenas esfumadas de las *Asperezas del Yerbal* y de la cerraina de *Lago*. Menos aún, llamaban su atención el cielo azul, diáfano y puro, la atmósfera caldeada, los rayos solares que al reverberar en las cuchillas producían como un vapor movible y brillante, semejando miriadas de insectos que ajitaran sin cesar sus élitros lucientes. Salía solo de su abstracción para emitir juicio mental sobre el estado de las pasturas del campo que cruzaba; sobre la gordura de la res que rumiaba á orillas del camino, espantando sabandijas con el borlón de la cola, y sobre las buenas ó malas cualidades del potro que á su aproximación corría bufando, aplanadas las orejas, enarcado el cuello y flotantes las largas crines incultas. Después tornaba á sumergirse en un mar de pequeños recuerdos insignificantes, vagos y descoloridos, un arroyuelo de agua insípida, que corre mansa y sin rumores. esos mil *nadas* que se agrupan en la mente, en instantes de lassitud, y vuelan como trozos de papel, elevados y arrastrados por el viento. En ocasiones, una bandada de ñanduces, que picoteaban en el llano, ó una pareja de venados que á la distancia, levantando la cabeza por sobre las chircas, lo miraban atentamente, dispuestos á emprender la fuga al primer signo de hostilidad,—despertaban en el viajero los poderosos instintos de cazador nativo, haciéndole pensar en las «boleadoras» que, con el trote del caballo, golpeaban el ala del «recado». Y tan imperiosos eran esos deseos que de buena gana hubiera él ensayado un «tiro de bolas» en el largo cuello de un «charavon» ó en los finos remos de un gamo, si no hubiese sido imperdonable imprudencia en un gaucho de raza, dar á su flete una corrida

en horas semejantes. ¡Si hubiera sido más de mañana ó más de tarde! Rápidamente dominado aquel impulso, el joven viajero tornó á hundirse en su habitual indiferencia, dando á su espíritu la quietud melancólica de las «lagunas cortadas», de esas lagunas obscuras que duermen entre el bosque y solo despiertan con el latigazo de iracunda borrasca, cuando el caudal de los arroyos, rebozando las cuencas, brama orgulloso; y entonces, sorprendida en su sosiego, la laguna se hincha, se alza, domina á las barrancas y por entre los troncos, las ramas y las zarzas, por encima de las yerbas y la hojarasca, se precipita en la llanura en chorros inmensos de furioso y mujidor empuje; luego, cuando la borrasca ha pasado, vuelve lentamente, muy lentamente á su cauce sombrío, donde torna á la vida apacible entre el bosque impenetrable á los rayos del sol: así, suele á menudo ser el alma del gaucho.

Javier de Viana.

ALMAVIVA

A José M. Dela Hanty

Al fin solos!

Y en un abrazo inmenso se confundieron aquellos dos seres, que habían nacido para amarse eternamente, para estar siempre unidos, para gozar juntos las delicias de esta existencia terrenal, hasta el día de la muerte en que las dos almas volarían al paraíso.

Como se amaban!

Ella, vencida, sin fuerzas, reclinaba la cabeza en el hombro gallardo de su esposo, en un abandono de sí misma como flor lozana que se apoya en un tallo próximo.

¡Cuán bella estaba, cubierto el airoso cuerpo por el albo vestido de desposada!

El velo caído, arrollado sobre el cuello, las flores

de azahar que resaltaban sobre el ébano del cabello, desprendiéndose una á una, antes que la flor más preciada cayera hecha girones, destrozada por la mas sublime de las felicidades!

Como se amaban en el olvido de sus propias personalidades, hasta convertirse en dos llamas que se besan, en dos rubíes que confunden sus brillos de sangre, en dos meteoros que se juntan y ruedan por el espacio infinito, lejos, muy lejos, donde no arriba el pensamiento humano!

En aquel *amplesso é a suon di baci*, estremecidos, frenéticos, se miraban sin verse, juntos, muy juntos los rostros, formando sus alientos un solo aroma, sus almas una armonía, sus deseos un solo deseo que retardaban por no desprenderse un instante, por no volver á la realidad un momento tan solo.

—Al fin solos!—pronunciaba él pausadamente con voz tenue, cálida como brisa meridiana.

—Ven... ven... amor mio—decía ella, la virgen amante, sin encontrar otra expresión que más bien reflejara su estado de ánimo.

Una sensación de cansancio en el brazo con que sostenía el talle de su esposa, le hizo volver á la realidad de la vida. Recorrió la vista por la estancia nupcial débilmente iluminada, y la detuvo ante un gran espejo que reflejaba el artístico cuadro que formaban.

¡Qué pálida estaba su Carmen gentil! Los ojos entreabiertos dejaban escapar un brillo metálico al través de sus negras pestañas, las hermosas facciones iluminadas por una sonrisa celestial, casi dolorosa, y la boca de labios finos que lanzaba tenuemente un hálito dulce, *carezzevole*, que decía cada vez más despacio:

—Ven... ven... amor mio...

De pronto le pareció que la voz se había alejado. Un estremecimiento raro recorrió todo su cuerpo. La imagen de su esposa había desaparecido del espejo.

¿Sería juguete de su imaginación calenturienta? ¿Sería una ilusión de su vista debilitada?

El gallardo cuerpo que antes sostenía, habiase deslizado dulcemente sobre la alfombra sin que él lo notara. Yacia recostada, conservando el mismo brillo en los ojos al través de los párpados entornados, la misma sonrisa de *mater dolorosa*, y los labios entreabiertos que parecían decir todavía: Ven... ven amor mio—dejaban entrever una gota de sangre cerca de una de las comisuras.

Muerta de un accidente natural, quizá de amor, momentos antes que la flor más preciada...!

*
* *

Todos los deseos del pobre loco se habían resumido en tener ante sí el espejo que había reflejado los *últimos suspiros* de la bella esposa virgen.

Creía verla cerca de la superficie pulimentada, diáfana como la luna en pleno día, envuelta en blanco cenital flotante, con la cabellera suelta en ondulantes rizos, salpicados de flores de azahar; la veía que se alejaba poco á poco, que le llamaba con las manos tendidas, con los labios que pronunciaban imperceptiblemente: ven... ven... amor mío—hasta perderse de su vista á lo lejos, en el fondo del cristal.

Y en su cerebro alterado volvía á renovarse aquella ficción que era su vida, que le era necesaria porque algunas veces el sufrimiento del recuerdo consuela más que el olvido de una desgracia pasada.

El pobre amante, obcecado en la idea fija de que Carmen lo llamaba, martirizaba su cerebro tratando de adivinar si era realidad ó nó, lo que él veía á cada instante en el vidrio de su espejo.

Cierta vez que le llevaron al jardín para que se distrajera un poco de su obsesión permanente, estuvo á punto de arrojarse á un pozo, porque allí también había visto la imagen de su esposa que le llamaba desde una región transparente, en lo más profundo, *más allá* del agua.

Desde entonces le encerraron en un mirador altísimo que dominaba la ciudad. Allí, la mayor parte del tiempo, lo pasaba buscando el espejo, que era su consuelo; pero en vano, los médicos habían querido curarle quitándole lo que ellos creían la principal causa de su locura: el espejo; siendo así que la causa se escondía en lo más profundo de su corazón, en una región ignota, *más allá* del alma.

Después de haber pasado muchos días de cama prostrado por una anemia cerebral, el desgraciado loco hallóse más fuerte orgánicamente, aunque su espíritu vagaba todavía por el país de las quimeras y en su cerebro reinaba una *penumbra de ideas* casi completa.

Ya no recordaba su pasado y tampoco notaba la falta de su espejo.

En aquella estancia donde no llegaban los ruidos

exteriores, el pobre inconsciente era feliz. Su pensamiento no se ejercitaba en ninguna idea fija y no producía ninguna armonía, lo mismo que un piano que es tocado al acaso por una mano inexperta.

Estaba solo. Ocurriósele levantarse del lecho. Se vistió apenas y paseóse largo rato por la habitación.

De pronto se detuvo ante la ventana de grandes cristales. La idea de que era el espejo comenzó á germinar en su cerebro enfermo. No podía ser otra cosa; el brillo del vidrio logró afirmarlo en el error en que se hallaba sumido y más se engañó aún, al notar un fondo gris que lo formaba una espesa neblina que había fuera.

Y la obsesión que tanto lo había martirizado comenzó de nuevo su tarea, encontrando esta vez en el estado debil del pobre anémico, fértil campo donde sembrar su malhadado fruto.

Aquella ventana con sus grandes cristales no podía ser otra cosa que el querido espejo. Sí, que era el espejo. Casi en la superficie del vidrio apareció una mancha blanca que se fué agrandando á medida que se ahondaba y no tardó en reconocer á su bella Cármen, su esposa divina que lo llamaba dulcemente: ven..... ven amor mio.....

Avanzó un poco. Sí, le llamaban, lo oía claramente: ven..... ven... Y como se alejaba la voz! La veía pálida, suelto el cabello, envuelta en su blanco cendal flotante, que se iba, se iba..... para siempre..... ¡Para siempre!

Ven..... ven..... Se aproximó á la ventana hasta tocar el vidrio con la frente. El frío del cristal le hizo figurar que las manos de la muerta le oprimían la cabeza atrayéndole fuertemente hacia el paraíso donde moraba su amada.

—Ven..... ven... Alzó la vista y *vió* que se alejaba la imágen, y desaparecía en el *fondo*, muy lejos...

Se iba para siempre.

¡Para siempre! ¿Porqué no ir? ¿Quién le detenía?

Hizo un esfuerzo sobrehumano y de un salto se lanzó al espacio.

Las dos almas se habían juntado *para siempre en el fondo del espejo*.

Otto Miguel Cione.

KARA KOUTIÉ

LEYENDA DELAWARE (AMÉRICA DEL NORTE)

III

War-houp! War-houp! Escucha Moyamea
Mi guerrera canción,
Los triunfos que en la senda de la guerra
He conquistado yo!

War-houp! War-houp! La gente Delaware
Me llama el Gran Castor,
Soy *sachem* en mi tribu, y nadie iguala
Mi fuerza y mi valor.

War houp! War houp! Al fuego del Consejo
Senteme siempre yo,
Y en él, fumando mi *oppoyam* de guerra,
Siguióse mi opinión.

He cazado el bisonte en las praderas;
Y el pato nadador
No zabelle mejor en nuestros ríos
Cuando pesco el salmón.

Del oso gris el espantoso abrazo
No me infunde pavor,
Que en lucha, cuerpo á cuerpo, el duro cráneo
Mi *tomahawk* le hundió.

La marta azul, las ratas almizcladas
Aun llenan mi zurrón,
Y al *peccarí* atravieso con la flecha
De mi arco vibrador.

Mi *nac'inav* es piel de lobo rojo,
Mi *maka íi* de hurón,
Mi *chifle* hueso de un guerrero pálido
Que á mis manos murió.

War houp! War houp! Mi grito de combate,
Del piel blanca terror,
En la margen del Erie y del Ontario
Tremendo resonó.

Contra los hombres de cuchillo largo
Alzose mi nación.
Y valiente *pie'-roja* entre sus filas
Su hueste me contó.

Durante muchas *lunas*, denodado,
He combatido yo
Del Este en las fronteras, deteniendo
Al pálido invasor.

Veinte veces las llamas del incendio
Voraz, azolador,
Hice alzar sobre el techo de los blancos
Con impetu feroz.

Astuto como el zorro ceniciento,
Eterno en mi rencor,
Sus lacias y sangrientas cabelleras
Colgué á mi cinturón.

War houp! War houp! He visto aterradora
La muerte en mi redor,
Mas nunca en el peligro de la lucha
Tembló mi corazón.

Adriano M. Aguiar.

(Continuará.)

HOJEANDO «LA REVISTA»

Á Julio Herrera y Reissig.

I

Estoy de prisa; debo estudiar cuanto antes la lección de Derecho Civil.

Al lado de este libro abierto, tengo LA REVISTA.

¡Qué tentación!...

Lucho con el deber y el deseo.

El deber enérgico, inexorable, me impone el estudio del *contrato*; el deseo, curioso, apasionado, me induce á leer una composición.

¿Tiene derecho á ser atendida la obligación ó el deseo?—me digo—; y en la perplejidad para hallar una justa respuesta, pienso: soy pobre, abandonado de la fortuna; necesito estudiar para poder vivir; no puedo distraerme; la ley del trabajo me lo impide.

Esto me entristece; se me hace esta vida un castigo...

Y ahora, que estoy triste, ¿cómo haré para disipar esa niebla pesarosa que enturbia mi existencia?

Acudir á la lectura de LA REVISTA.

En las expansiones del espíritu, éste se sustrae de la terrenal envoltura, para contemplarla y admirar su hermosura ó desdeñar su fealdad.

Jugando uno con sí mismo, se distrae.

El deber se aleja. El deseo triunfó.

.
.

II

He hojeado ya LA REVISTA.

¡Cadencias de rimas, colores de cosas, suspiros de almas, pesares, alegrías; expresiones amorosas, tintes esmeraldinos en seres que anhelan; lujo, exhuberancia de ideas, frases grandilocuentes llenas de matiz; imaginaciones ornadas de pensamientos, que son destellos de pedrería, luces, sombras, líneas, formas, notas, ritmos armónicos, melodías, bellezas, mujeres, donceles, erudición, poesía; todo hay allí!

¡Qué dulce ensueño!—Pero... y la lección?

¡Qué triste despertar!

¡Consuélame, poeta!

Martín García Canessa.

Gamucci, Raffaele
18 de Julio 521
Maldonado 298 a

NOTAS DE REDACCIÓN Y BIBLIOGRÁFICAS

El actual Director de la interesante «Revista de Derecho y Jurisprudencia», D. Ruperto Pérez Martínez, nos ha favorecido con una brillante y extensa producción poética, hecha en décimas, sonoras y brillantes como planchas de bronce, la que es un himno de gloria y de justicia al inmortal descubridor de América, Cristóbal Colón.

Dicha producción es, á nuestro juicio, tanto por su forma como por su fondo, algo muy superior, y que revela una vez más el talento literario del Dr. Pérez Martínez.

Es de lamentarse que el distinguido amigo, que es desde ya nuestro colaborador, no se dedique con preferente atención á la literatura, á la que dió tanto brillo en otro tiempo, y para cuyo cultivo reúne dotes privilegiadas.

«A Colón», que así se titula el himno de que hablamos, empezará á aparecer en el número siguiente.

LECCIONES DE HISTORIA NACIONAL — Redactadas con arreglo á los programas escolares vigentes por Enrique M. Antuña, 1 volumen de 104 páginas (imprenta Dornaleche y Reyes).

Las lecciones publicadas por el señor Antuña comprenden la parte de la época de la Independencia, desde la revolución de Mayo á el segundo sitio de Montevideo (1810-1812) y como antecedente necesario una ojeada retrospectiva sobre la conquista y la colonización de nuestro territorio, la época del coloniaje, las invasiones inglesas y sus consecuencias y la Junta del año VIII.

El método seguido por el señor Antuña es muy loable y hace perfectamente adaptables sus lecciones á la enseñanza; y en cuanto al conocimiento de la historia nacional, es justo reconocer que se ha acreditado en trabajos anteriores, como el relativo al combate del Paso del Rey y San José, y descripción de episodios de la Independencia, estudio concienzudo, con facilidad de expresión y estilo.

Merecen especial recomendación los versos de Vidal Belo, digno representante de las nuevas ideas en nuestra literatura, y cuyo númen original y elevado sólo podrán comprender los espíritus selectos, despreocupados de todo fanatismo y de toda tendencia de escuela,—los espíritus nutridos con la nueva luz que marca los rumbos de la poesía moderna y los señala á los campeones que se sienten con energías para seguirlos.

Vidal Belo, es, en nuestro concepto, un poeta de ideas propias y de exquisita inspiración, cuya personalidad literaria se destaca en primera línea, haciéndose digna del más alto aprecio, por parte de los entendedores.

«Pontifical» no es ciertamente para que la lean aquellos, á quienes no empalaga jamás el caramelo de la rima y creen que la poesía consiste en decir siempre vaciedades envueltas en consonantes. Es un himno al Decadentismo, en cuyo templo hace officiar el autor á sus grandes sacerdotes, mientras los altos campanarios de la fama vocean el *carnaval triunfante de sus pascuas primaverales*.

—
DEVANEOS Y RECUERDOS (*cuentos*)—Por Arturo Giménez Pastor, 2.^a edición, 1 volumen de 100 páginas.

Aquí, donde pocos libros llegan á venderse hasta agotar una edición, es digno de señalarse el fenómeno de uno que llega á la segunda edición en poco tiempo.

En esos cuentos del apreciable escritor Giménez Pastor hay algunos, como *Cuore* y *La muerte del protagonista*, que valen y justifican ellos solos el éxito del libro en que están incluidos.

Deseamos que ese éxito sea alentador para Giménez Pastor y que pronto nos ofrezca producciones más sazonadas, como pueden esperarse de su fecundo ingenio.

CONFERENCIAS SOBRE DEBERES MILITARES—Por el Mayor Luis Fabregat, un volumen de 40 páginas en 8.^o mayor. (Dornaleche y Reyes, impresores).

Estas conferencias del inteligente militar y abogado, han sido dadas en la Academia Militar, y son á la vez eruditas y amenas, inspiradas por el propósito de fijar bien la noción de los deberes por medio de casos interesantes y expresivos, oportunamente mencionados.

—
Por falta absoluta de espacio nos vemos obligados á postergar para el próximo número una hermosa composición poética de Ubaldo Ramón Guerra. Como todas las producciones de este inspirado poeta amigo, se

distingue dicha composición por la rara belleza de las imágenes y por la fluidez y la armonía del verso.

ENSEÑANZA MODERNA, *Nuevas tablas*—Por el profesor Juan B. Defféminis, 1 folleto de 26 páginas. (Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios).

Contiene el folleto las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir, y ejercicios mentales y escritos para alumnos de 1er. y 2.º año.

El profesor Defféminis es un veterano del magisterio y ha hecho obra práctica con esa cartilla.

ESTUDIOS SOCIALES—Por Victor Arreguine, 1 volumen de 218 páginas, Buenos Aires.

El inteligente compatriota que reside desde algunos años atrás en Buenos Aires se nos presenta en este libro en un nuevo rumbo que se aparta de sus aficiones hasta ahora preferentemente literarias.

Sus estudios sociales rezan sobre el suicidio, la presencia en política, la moral evolutiva, el homicidio político, nupcialidad comparada, criminalidad infantil, y la imaginación en la conquista de Méjico y Perú.

Todos los estudios son interesantes, y los relativos al suicidio, la nupcialidad y la criminalidad infantil, revelan en Arreguine una suma de estudios serios muy apreciable porque no es común en los espíritus literarios.

Por todo, felicitamos al inteligente é ilustrado compatriota, cuyos progresos nos son muy satisfactorios.

CIMAS—Novela, por Manuel María Oliver, libro de 44 páginas (Buenos Aires).

Es un boceto de novela realista brillantemente escrito. El joven escritor, á quien seguimos hace tiempo en su ascenso en la vida literaria, es de los que no retroceden ni se estacionan, y así lo prueba esta nueva producción.

AMÉRICA LITERARIA—Decenario modernista (Buenos Aires).

Hemos recibido esta nueva publicación, que se incorpora con un valioso contingente de escritores jóvenes y animosos al movimiento literario de la República hermana.

Retribuimos su saludo con votos por su triunfo.